

¿Por qué discriminamos?

¡Triste época la nuestra! Es más fácil desintegrar un átomo que un prejuicio.

ALBERT EINSTEIN

Podría argumentarse, en una lectura un tanto superficial, que discriminar es "natural". Con nuestra ambigua naturaleza humana, en su dicotomía malo-bueno, por una parte se discrimina y por la otra se es solidario. Pero si esto fuera así, en todas las culturas habría discriminación; sin embargo, en muchas de ellas, tanto actuales como pasadas, es justamente la solidaridad el valor más reconocido y practicado. Valga como ejemplo significativo las culturas americanas precolombinas (y algunas actuales como la mapuche y la toba), donde se destaca el trabajo comunitario en beneficio de viudas, huérfanos y desvalidos (Pagés Larraya, 1998). También podría argumentarse que discriminamos por falta de información, y puede ser verdad, pero hasta cierto punto, ya que en ocasiones esa información puede ser usada justamente como legitimación. Un prejuicioso, luego de un curso de psicología del prejuicio, saldrá igual de prejuicioso pero, ahora, con fundamento. Consideremos, en cambio, que la discriminación es una construcción social; esto es, representaciones y prácticas sociales articuladas hegemónicamente entre sectores de poder y sectores subalternos, con sentidos de orden moral: normatividad social, disciplinamiento y estigmatización (Grimberg, 1995). Desde esas *redes de poder* en el sentido de Foucault (1991) se construye la figura social del discriminado: el adicto, el homosexual, el pobre, la prostituta, el sidoso, el villero; en fin, todos aquellos que "huelen mal" para una sociedad que más que occidental y cristiana pareciera estar gobernada por un triunvi-

rato pagano conformado por Pluto, dios de la riqueza, Apolo, dios de la juventud y la belleza, y Mercurio, dios de los ladrones. De esta manera los pobres, los feos y los honestos están fuera del sistema. En esta sociedad excluyente, las diferencias se construyen en desigualdades, en vez de construirse en convivencia en una sociedad incluyente. Ahora bien, ¿dónde se originan estas redes de poder actualmente? Según Negri y Hardt (2000), vivimos dominados por un "imperio" supranacional que no tiene fronteras; es globalizado y globalizante, principalmente financiero (500 billones de dólares sin ingresar a circuitos productivos), pero que impacta en lo social, regulando, estructurando y gobernando las relaciones humanas. Su objetivo final es el control de la vida social en su totalidad: el *biopoder*. Aquella profecía del *Big Brother* (Gran hermano) de George Orwell en su obra *1984* está por cumplirse.

El análisis histórico demuestra que los grandes imperios han caído no tanto porque las fuerzas revolucionarias poseyeran mayor poder de armas —de hecho, tenían mucho menos—, sino porque estaban impregnadas de una mística de la que las fuerzas imperiales carecían: la solidaridad. Dan buena cuenta de ello Masada en el Imperio Romano, la Revolución Francesa, la bolchevique, la revolución pacífica de Mahatma Gandhi que hizo retroceder al Imperio Británico, la batalla de Ayacucho, que consolidó la independencia americana, en la que las tropas realistas al mando del Virrey de la Serna triplicaban en soldados y cañones a las revolucionarias de Sucre, que finalmente vencieron a pesar de su gran inferioridad bélica.

Este nuevo imperio al que hacemos referencia, perfecto conocedor de estos antecedentes históricos que hicieron de la solidaridad la fisura destotalizadora de los poderes hegemónicos, aplica una nueva estrategia: naturalizar la discriminación como opuesto social a la solidaridad. Cuando algo se naturaliza no se lo problematiza, no se lo cuestiona; en definitiva, no se lo critica, entonces es natural que discriminemos y es también natural que no seamos solidarios. Para efectivizar esa estrategia el imperio "construye" culturas discriminatorias, culturas en el sentido de Harris (1985): for-

mas de sentir, de pensar y de actuar socialmente interiorizadas por los miembros de una comunidad.

Analicemos ahora estas culturas discriminatorias.

Cultura de la indiferenciación

Siguiendo a Baudrillard (2001), asistimos al *pánico amoral de la indiferenciación*. *Pánico*: inmovilización; *amoral*: fuera de la moral; *indiferenciación*: ausencia de límites. Ahora resulta que “está todo bien” y cuando nos convencemos de ello, el mal ha triunfado, nos ha convencido de su inexistencia. Esta cultura ya la trovaba el genial Discepolín en su inmortal *Cambalache*: “no hay valores ni dobleces, da lo mismo ser derecho que traidor”. Esto nos lleva a una doble pérdida: la de los lazos sociales y la de los valores, entendiendo como tales a todo aquello por lo cual la vida merece ser vivida y, es más, merece ser ofrendada. Ya advertía Durkheim (1973) que la principal causa de suicidio no es la miseria económica (que la hay) sino una alarmante miseria moral, que una mala traducción del alemán *wertlos* (pérdida de valores) convirtió en *anomia* (pérdida de normas). Normas y leyes es lo que sobran, faltan convicciones íntimas (valores) que se trasladan a los lazos sociales. Al materializarse el triunfo del mal convenciéndonos de su inexistencia, asistimos a un ultrarrelativismo que lleva a justificar, a naturalizar injusticias, desigualdades insostenibles y los más viles atropellos a la dignidad humana.

Los torturadores de ayer son ahora ciudadanos inimputables o indultados y, como afirma Savater (1993), el primer paso de la ética es no actuar de cualquier modo, dada la convicción de que no todo es igual. Esta cultura de la indiferenciación produce (construye) una persona autista social.

Cultura de la inmediatez

Todo tiene que ser conseguido “ya” (“Llame ya” dice el comercial de la televisión), perdiéndose la cultura del deseo, la cultura de

la ilusión y, como sin ilusión no hay pasión, la fosilización se hace inevitable. Por el contrario, en la cultura del deseo y la ilusión el zorro le pedía al Principito: "Si vas a venir a las cinco, avísame, así a las cuatro empiezo a ser feliz".

En la cultura del videoclip (otro claro ejemplo de esta cultura de la inmediatez), la rapidez en la sucesión de las imágenes no da tiempo para pensar, para reflexionar sobre ninguna de ellas. El exceso de imágenes y de información atenta contra la sabiduría porque no da tiempo ni espacio para la creatividad: no es más sabio el que sabe más sino el que crea con lo que ya sabe, e incluso con aquello que no sabe. Corremos el riesgo de convertirnos en expertos en múltiples banalidades. Bien acierta Paul Virilio (1997) cuando afirma que estamos "encerrados en la cárcel planetaria de la inmediatez". Esta cultura de la inmediatez produce (construye) personas apáticas (sin deseo) y a-reflexivas, es decir, sin creatividad y, en consecuencia, sin posibilidad de pensamiento crítico.

Cultura de la soledad

Describe el etnólogo Marc Augé (1994) que hoy pululan los *no-lugares* que, en contraposición con los *lugares*, son espacios donde no hay historia, no hay relación personal en el sentido social del término; habrá muchedumbre pero no hay re-uniión. Se trata de una imposibilidad de re-conocernos: es la soledad de Malreaux, nos encontramos solos en la multitud (1933). Así se practica, paradójicamente, el ejercicio social de la soledad en los locales de juegos en red, en donde encontramos casilleros separados para cada persona, en las discotecas, en los *shoppings* y en tantos otros lugares. Las plazas están vacías de chicos. ¿Por qué? Porque en ellas hay juegos que, como tales, necesitan ser compartidos; en cambio, en los locales de juegos en red hay computadoras personales. En las discotecas, grupos de chicas y muchachos bailan por separado; a su vez, el grado de decibeles impide una real comunicación: están solos aunque se ilusionen creyendo que están juntos. Los *shoppings*, como los define

Umberto Eco (1984), son la "estrategia de la ilusión": todo esta al alcance de todos, pero en realidad sólo lo pueden adquirir unos pocos privilegiados. Peor aún, son los no-lugares, que eliminan cualquier posibilidad de solidaridad: si alguien está tendido en el suelo vienen "los de seguridad": de necesitado pasa a ser peligroso. Asistimos ahora a otro no-lugar: la Internet. Asumamos que es el avance tecnológico más importante del último siglo, pero advirtamos también que, en términos de comunicación, es una ficción, ya que sin presencia física no hay relación humana en el sentido social del término. El *chateo* es un nuevo ejercicio de soledad, ya que estamos realmente juntos cuando podemos mirarnos, tocarnos, pelearnos y reconciliarnos en un abrazo.

Para el mencionado imperio, temeroso de la solidaridad, la mejor forma de que la gente no la practique es "producir" —construir— personas solitarias y, en consecuencia, no solidarias. Así, el gran peligro del no-lugar es pasar al *no-yo* porque la única forma de construir la *yoidad* es a través de la *otredad*. Yo no soy el otro pero necesito al otro para ser yo, en las sabias palabras de Levinas (Aubrol, 1990).

Cultura del consumismo

Séneca —en los tiempos en que la economía era una rama de la ética—, advertía que quien gasta más en lo superfluo termina vendiendo lo necesario. Epicuro, por su parte, recomendaba a sus discípulos que antes de comprar algo pensarán más bien en las ventajas de no tenerlo (Chomsky, 1984).

Hoy, en cambio, la consigna pareciera ser: hay que tener la mayor cantidad de cosas, en el menor tiempo posible y a cualquier costo. De allí podríamos definir al consumismo como "consumo por el consumo mismo". En esta concepción, se consume a expensas de los demás; pero en esta "anomía", ¿a quién le importa? Así llegamos a la situación actual, en la que el 20% de la población mundial consume el 80% de los recursos disponibles, y en la que

las 245 personas más ricas del mundo tienen los mismos ingresos que las tres mil millones más pobres. ¿Es esto natural?

Esta cultura del consumismo produce –construye– personas egoístas con un individualismo exacerbado, sin límites ni ética. No nos extrañemos, entonces, si surgen posibles choques entre unos pocos consumidores insaciables y muchos espectadores hambrientos.

¿Cómo des–discriminar? Estrategias de solidaridad

Apelando una vez más a la metáfora militar tan cara a la formación médica, nos preguntamos: ¿cómo combatir la discriminación? Con el arma más letal: la solidaridad. Con cuidado, asumiéndola, más allá de los voluntarismos individuales –loables y necesarios, por cierto–, como estrategia política en los programas de gobierno y como vigilancia epistemológica en el discurso científico y académico –y por qué no en el del sentido común?–, preguntando y preguntándonos: ¿qué querés decir con “sidoso”? ¿qué querés decir con “judío”? ¿qué querés decir con “cabecita negra”?

Podemos forjar nuestra cotidianeidad como una militancia de la solidaridad, sin despreciar la pequeñez de los mínimos actos, ya que su sumatoria puede y podrá cambiar las estructuras de injusticia. Una sola estrella, aun la más pequeña, convierte una noche cerrada en un cielo. La Marsellesa se escribió en una noche, cuando los Sans Coulotte avanzaban sobre París, pero la Revolución Francesa se forjó sumando doscientos años de pequeños –grandes– pensamientos del Iluminismo.

Con la renovada esperanza de que aun debajo de la baldosa más ruin podemos asistir al milagro de un yuyito que nace, “en la invencible convicción de redes solidarias que entretejen innumerables corazones”, dejamos que nos guíe el inmortal mensaje de José Martí (1954):

Cultivo una rosa blanca
en junio como en enero,

para el amigo sincero
que me da su mano franca
y para el cruel que me arranca
el corazón con que vivo
ni cardos ni ortigas cultivo
cultivo una rosa blanca.

O si prefieren, más cercana a nosotros, esa solidaridad descar-
nada pero entrañable de Discípulo en *Confesión*: "Fue a conciencia
pura que perdí tu amor, nada más que por salvarte".